

mundo, con la Universidad Nacional Andrés Bello, y él mismo quiso. Hasta pensó leer su poesía al pie de los lagos y los volcanes mistralianos. Nunca vino al país de los extremos, y sólo llegó hasta Buenos Aires. Tampoco hubiera aceptado transar con su presencia en el plazo de las vergüenzas vitalicias.

Eso me lo dijo en persona el 84 y mucho antes cuando mi exilio en Rostock –Alemania Oriental– del que alcancé a salir casi raspando, ligeramente malherido. Fue el momento en que obtuvo con esfuerzo un trabajo académico estable en México para mi mujer y para mí, aunque por último termináramos anclando en Caracas.

Con Octavio pasa como con todos los poetas de veras: no basta con amarlos, hay que merecerlos, esto es, leerlos y sobre todo releerlos. ¿Qué no he aprendido o reaprendido en él? Somos del mismo aprendizaje y él –en esto de irse– se me habrá adelantado unos tres minutos, todo lo más. Los dos aprendimos a nadar en la clasicidad áurea, como Darío, en el simbolismo, en la ritmicidad del gran mestizo y en las vanguardias turbulentas, pero el mayeuta fue él. ¿Quién ha escrito un ensayo como *Literatura de fundación*, aparecido en *Lettres Nouvelles* en 1961, o su entrada en el imaginario de Darío en esa pieza memorable que es *El Caracol y la Sirena*, firmado en Nueva Delhi el 64; o sus portentosos estudios sobre el surrealismo? Hablando de esto último, pienso que los dos surrealistas máximos fueron dos disidentes de él: el mexicano Octavio Paz y el chileno Roberto Matta, pues en ellos encarnó de veras el espíritu del surrealismo en cuanto ambos alumbrados vislumbraron el caos primigenio y sembraron la libertad en la cabeza de los locos de este siglo (y ya se sabe que los locos somos hijos de Dios), y los dos amaron al hombre entero que algún día vendrá después del descuartizado que somos. Y los dos siguen siendo tábanos incesantes. Algo sé de lo vivo y de lo muerto del movimiento hijo de Dada y nieto del gran romanticismo alemán, por desollamiento personal.

El otro sábado leí en la Revista de Libros de *El Mercurio* un extenso informe sobre la peripecia de Mandrágora allá por 1938, que no pasó de ser un ejercicio más bien libresco del pensamiento de Breton en el país. Yo mismo anduve en eso a los veinte años y ya a los diez minutos me sobrevino el hastío de lo hechizo, lo artificioso y lo postizo y salí disparado en busca de aire como quien cambia casa habitada por deshabitada y fui a parar a las cumbres de Atacama. La cosa estaba ahí, con la imaginación y el léxico portentoso de los mineros ignaros y no en los días sedentarios de la Biblioteca Nacional ni en los cafetines literarios de mala muerte. El Mapocho no daba para Sena. Lo distinto es distinto. De eso hablé largo muchos años después con Alejo Carpentier que tuvo una experiencia semejante y escribió *Los*

*pasos perdidos*. La parodia latinoamericana del grupo surrealista parisino la hicieron mucho mejor en Lima un Emilio Adolfo von Westphalen, un César Moro, un Jorge Eduardo Eielson, más lozanos y austeros que los engreídos de la Fuente Iris, de Santiago; y, desde luego, el gran Aldo Pellegrini de Buenos Aires, médico psiquiatra y poeta como el mismísimo Breton, un verdadero adelantado que fundó –ya en 1928– la revista *QUE*, sin olvidar el equipo de México que incluyó por cierto a Octavio Paz.

Pero eso no lo dicen los comunicadores mal informados. Ni lo saben. Lo que quiero decir es que el surrealismo genuino fue una «peste sagrada» del siglo –una peste por demás saludable en el plazo de entreguerras (1918-1938)– *l'imagination, l'amour fou et la liberté*, y los únicos surrealistas fueron Roberto Matta y Octavio Paz entre nosotros.

A otra cosa. Ya estarán viendo mis lectores que les voy hablando de todo como al desgaire. Lo cierto que no vine como docto –de eso tienen de sobra en la academia– sino acaso como un *bárbarofonón*, un aprendiz de poeta, si es que lo soy. Así fue cómo me aceptaron que viniera. Claro que pude haber sido fiel a la pauta de los informes lúcidos como lo hice tantas veces en más de medio siglo de enseñar teoría literaria, pero preferí el zumbido en el homenaje a Octavio. Por supuesto que no hay cátedra de zumbido aunque debería haberla, pienso yo. Para oír y reoír por dentro el largo parentesco entre las cosas que él supo descifrar como ninguno, pues cuanto parece caos y dispersión es red y todo es cosa de pactar con el asombro, como los niños. Es lo que intentamos los aprendices del abismo, físicos o poetas, porque la cosa es entre todos. La imaginación es la misma y acaso todo puede llegar a ser uno. Dicen que el siglo se va, que el milenio se va. ¿Cuál milenio, cuál siglo, de la era de qué? Pregúntenle a las piedras. Porque parece abuso eso de las tijeras arbitrarias para cortar el tiempo, ¿de dónde vino la certidumbre? Para la risa tanto candelario. Por otra parte nadie es profeta en ninguna tierra y se acabaron los Nostradamus, pero ¿cómo irá a ser la nueva ventolera; de este 99 al otro 99 y dónde andarán *El Arco y la Lira* en esas fechas? Miren, por ejemplo, lo que piensa el Stephen Hawking que anduvo por aquí hace algún tiempo. Tres cosas es lo que piensa: 1) que, en menos de 100 años, la manipulación genética dará vida a seres humanos de constitución casi impensable; 2) que las computadoras progresarán hasta alcanzar la misma complejidad de la mente humana, y 3) que para que haya germinación humana no será necesario el sexo; ni el esperma ni el útero. Es como para creer que hasta la madre está en discusión. Utopías y más utopías.

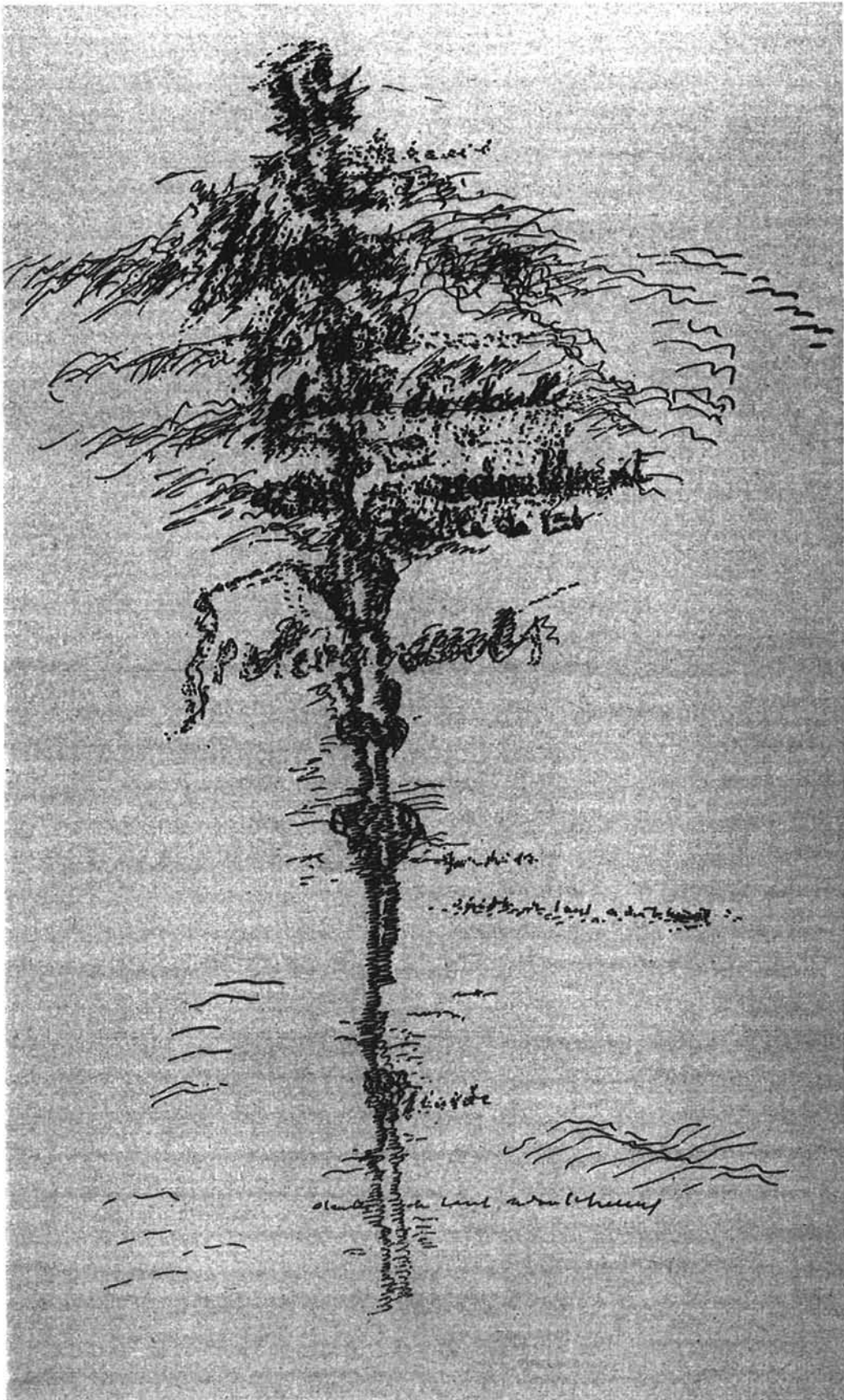
Los poetas hablando de poesía nueva, dijo una vez Cyril Connolly, «chacales gruñendo en torno de un manantial seco». No fue el caso de Paz. Dije

acaso demasiado sobre aquel plazo genealógico de nuestra invención poética con los nombres progenitores, y demasiada insistencia en ese 38 de nuestros veinte años. Pero no contábamos en el minuto ilusorio de esa mocedad con que al cabo de 35 años –cuando la república asesinada, como adelantó de Rokha con su designio vaticinante– nos matarían sangrientamente la nieve.

Tal vez hablé mucho de Huidobro, quien se me da tan próximo a Octavio en el aire de lo hiperlúdico. En efecto, no he conocido a otro que sembrara más libertad en mi cabeza de muchacho. Aunque sí, otro. Otro mucho más joven y más próximo a mi talante, cuando leí en el *Hijo Pródigo* aquel ensayo que todavía leo –*Poesía de Soledad y Poesía de comunión*–. Ya estaba ahí el otro grande entre los fundadores de veras, el sigiloso y prodigioso Octavio Paz, que soñaba y pensaba como ninguno de los jóvenes en aquella hora del continente.

Ya estaba ahí ese precursor de lo distinto –como dije al principio– al cierre de este siglo que se va con nosotros: Un fundador estricto. Un pensador en esta lengua que tanto amamos. Eso es él, y más. Un poeta necesario, lo mismo en nuestra España que en nuestra América.

Me honro con haber nacido y haber escrito en el mismo horizonte de tiempo del mexicano, y con haber publicado mis textos en *Plural* y *Vuelta*. Una vez escribí ese «Urgente a Octavio Paz» en mi libro *Del Relámpago*. Ahí le dije casi todo. De veras, hermano mío, somos un parpadeo en la historia.



Henry Michaux: *Dibujo mescalínico* (1959)